

LA POESÍA DE JOSÉ KOZER

Juan-Manuel García Ramos
Universidad de La Laguna

Entre la "nadificación" mallarameana, ese repudio de todas las materias de la diaria experiencia, y el onirismo festivo de la poesía surrealista, se ha originado en la lírica de nuestro siglo un caudal de corrientes cuya revisión más útil se ha verificado en el citadísimo libro del crítico alemán Hugo Friedrich (*La estructura de la lírica moderna*). No obstante el rigor de Friedrich, el título de su obra compromete en demasía. Un simple ojeo al índice de las materias examinadas nos pone en el conocimiento de algunas de sus limitaciones: de la poesía en español escrita en América sólo menciona la obra de Rubén Darío y Pablo Neruda, desoyendo algunas voces que ni la misma fecha temprana de la publicación de su libro llega a dispensar.

Precisamente una de las aportaciones más reconocibles a lo que hoy puede entenderse como las Verdaderas Estructuras de la Lírica Contemporánea, sería la personal resucitación que de "lo barroco" llevó a cabo el poeta cubano José Lezama Lima. Posiblemente porque la marca de ese estilo y de ese movimiento estuvo arraigada en América antes de la llegada de sus descubridores, tal vez por la particular brillantez adquirida por el mismo durante el siglo XVII y algunos lustros del XVIII, lo cierto es que tanto en la narrativa como en la poesía hispanoamericana de este siglo es imposible soslayar la presencia de algunas de sus más explícitas claves.

La lectura de *Bajo este cien* (México, Fondo de Cultura Económica, 1983), "una muestra selecta de los poemas escritos por José Kozer" (La Habana, 1940) a lo largo de estos últimos veinte años, podría ponernos en el aprieto primero de deslindar las diferencias entre su modalidad de escritura y la señalada tendencia barroca de la lírica hispanoamericana de nuestro tiempo. Quizá sea el frecuente procedimiento de la "proliferación" lingüística en la poesía de Kozer, lo que a primera vista pudiera hacernos caer en la vinculación barroca. Sarduy distinguía tres mecanismos esenciales dentro de esta particularidad constructiva: a la "proliferación"

ya señalada, se añadirían la “sustitución” y la “condensación”, como ejes permanentes de tal operación retórica. Lo curioso es que la “proliferación” detectada en la obra de Kozér se desentiende a medida que nos introducimos en sus mallas de cualquier ascendencia barroca. En ella y a su través no se persigue jamás el camino de la exuberancia, ni el de la demasia y el desperdicio. Su finalidad nunca es filigrana ni juego. Su desmesura y encono tienen que ver con viejas aspiraciones: “Su ambición es una: todo el vocabulario”, como confiesa el mismo poeta en uno de sus autorretratos. La concisión de su aparente desbordamiento verbal nos coloca y nos complica en un viejo drama: la relatividad de todo lenguaje, la incapacidad humana no solo para abarcar y explicar el universo, sino para descifrarse y pensarse a sí misma. “Todo el vocabulario” comprometido en una tarea que se sabe vana, pero a la que no se renuncia, subvirtiendo denodadamente no la disposición del interior de las palabras, como hiciera Joyce amargamente en *Finnegans*, sino su misma exterioridad, la disposición de éstas en la frase: su sintaxis, una de las aportaciones más notables de su esfuerzo.

Divididos en tres secciones que a su vez contienen cada una treinta y tres poemas cuya suma cierra un texto dedicado a “San Francisco de Asís” que más que un poema, que lo es, parece ser el nacimiento de todo un nuevo estilo dentro de la obra de su autor, los versos de Kozér se deslizan desde la epicidad doméstica de la primera de estas secciones, “Album de familia”, a través de una personal conjugación del sentimiento amoroso, el amor como traición, lejana de los cánones de la doctrina occidental, de la segunda parte, “Tumba (Fénix) de Amor”, hasta “Trípticos”, el último bloque, donde la literatura de la vida —esa heroicidad cotidiana puesta en circulación por el Stephen Dedalus de *Ulises*— ha sido sustituida ya por la literatura de la Historia, la literatura de la Filosofía, la literatura de la Religión, o la misma literatura de la Literatura.

Bajo este cien indudablemente manifiesta al José Kozér frecuentador de palabras, desentendiéndose de aquella heroicidad convencional repudiada por el personaje joyceano, para hablarnos de lo que fueron y son rutinas familiares, matrimoniales y paternas, iluminadas por una voz que no sólo evoca seres o criaturas, sino que convoca objetos provistos de comportamientos humanos, agotando la sutil trascendencia de todo traslado, la sagrada importancia de las alteraciones en el tiempo; recordarnos el pasado de diáspora —Kozér es descendiente de familias polacas y checoslovacas—, sus infelices amores, y los serenos al lado de su Guadalupe; o para adentrarnos en una lectura de los libros sagrados —el ritmo de la letanía impregna sus versos, acomoda sus esfuerzos expresivos con una habilidad que ya se ha vuelto hábito—, de los epítomes y de las summas, en sus recorridos por la tradición oriental tan presente en Cuba y en algunos

de sus creadores (posiblemente el mismo Severo Sarduy sea uno de los más interesados), en el palpitar de una escritura que no por estarse buscando a sí misma constantemente, no ha llegado a la madurez innegable de estos cien ejercicios poéticos recogidos en libro.